



## Metal

por Jordi Armengol Carner

1

Un estúpido descuido, completamente inconsciente. Un movimiento imperceptible, fuera de lugar. El rapaz se movió magistralmente lanzado por el instinto, sin dudar un solo instante: Sus sentidos fijaron la atención en el pequeño movimiento, la sombra escondida de su cauta presa bajo las copas nevadas de las encinas. Sus garras se abrieron con anhelo y precisión. Un descenso vertiginoso. El pequeño animal gritó por el dolor cuando la presa se cerró sobre su carne hundiéndose en sus entrañas. Su cuerpo perdió pie arrancado del suelo, alzándose en el aire. Despidiéndose de la vida. El pequeño mamífero no pudo ver el aspecto de su asesino.

El recuerdo del frío invierno se iba desvaneciendo lentamente. El rastro de su camino se había convertido en un gran bosque de encinas con infinidad de placas blancas, heladas, que se fundían bajo la cálida mirada del sol, a tiempo para recibir una nueva estación. El silencio oscuro y frío que había reinado aquellos últimos meses se convertía muy lentamente, con el paso incesante de los días, en una dulce y plácida melodía.

Los rayos del sol llegaban con puntualidad una vez más para devolver a aquellos parajes su vida anhelada. En medio del bullicio primaveral había una pequeña chabola perdida, olvidada de la mano de Dios. Un escondite extraño, un refugio, un rincón de calma y de descanso. La luz penetraba en el pequeño cubil atravesando los cristales llenos de polvo, desmejorados por la mano del tiempo, dibujando en el aire decenas y decenas de danzantes

1



hilos de pálida luz. Cada pequeña mota se convertía en una infinidad de probabilidades de movimiento y en una prueba todavía mayor en cada instante que transcurría para una mente rápida y ágil como la de aquel ser.

Su nombre era Víctor. Aquel era el nombre que él prefería recordar. Su mente intentaba adelantarse al azar y prever cada vez con más margen la trayectoria de movimiento de los miles y miles de partículas que danzaban lentamente por el universo de la pequeña cabaña, mientras, aunque le era imposible sonreír, si su configuración facial se lo hubiera permitido, un pequeño trazo de calma y bienestar se hubiera deslizado por su expresión.

Su cuerpo, a medio dismantelar, frío y pesado, se hallaba en reposo sobre una mesa austera, envuelto por una manta vieja, y apoyado contra la pared de troncos talados de encina. Le faltaban piernas y brazos. Aunque su aspecto actual no era ni tan solo la sombra de su deslumbrante pasado, cada una de las placas que conformaban el armazón metálico que cubría su cuerpo, mostraban involuntariamente evidencias claras de lo que en el pasado llegó a ser. Aunque toda aquella gloria se había olvidado en el tiempo y sólo residía en la memoria de los pocos que llegaron a conocerle. Un número de personas que con los años se iba reduciendo a una cifra insignificante.

El mismo Víctor se protegía de aquellos recuerdos por una pared infranqueable, un obstáculo completamente voluntario. Prefería no recordar y simplemente vivir el presente, aprovechar la felicidad del momento, la bendición otorgada a una mente sencilla. Un corazón que no necesitaba nada más que tranquilidad para vivir y el retiro en un pequeño refugio olvidado. Un lugar que nadie parecía recordar, que ya había dado todo lo que tenía para ofrecer, y cuyo único deseo era un descanso dulce y



tranquilo mientras esperaba con paciencia el fin de sus días: no todo lo que recordaba de su pasado era tan honorable como él hubiera deseado.

El bosque de encinas se extendía hectárea tras hectárea, con una inmensidad limitada, pero suficientemente frondoso como para que un viajero pudiera perder la noción del tiempo y con mucha probabilidad también la orientación del camino. Con el crepúsculo invernal, la fauna empezaba a despertar, y el bosque cobraba una renovada vida. Para un viajero que atravesaba un paraje parecido, el final del invierno era lo que más se podía acercar a un renacer.

En medio de la nueva música primaveral, un viajero solitario atravesaba el bosque por sus propios medios, con la evidencia de llevar muchos días de trayecto, quizás semanas enteras. Su paso era fuerte y seguro, propio de un corazón joven acostumbrado a las largas marchas, aunque también denotaba un cierto cansancio; un espíritu que poco a poco se iba dejando vencer por la evidencia de un camino mucho más largo y pesado de lo que había esperado.

El viajero llegó a un pequeño claro y se sentó unos momentos a descansar junto al tronco de un viejo árbol. Se desató el pesado petate y dejó su fusil apoyado en la madera. Aquella era un arma propia de un soldado de La Corona. Después bebió un buen trago de agua fresca de su cantimplora. Contempló el rincón de bosque que le rodeaba secándose la barba con la manga del abrigo. Sonrió unos instantes, encantado por la belleza de los rayos de sol atravesando el techo de las encinas. Y fue entonces cuando, a lo lejos, en el otro lado del claro y más allá de los gruesos troncos de encinas y matorrales, divisó lo que le parecía ser el techo de una cabaña.



La jornada había sido larga para el soldado, que había abandonado el campamento donde había pasado la noche antes de la aurora. En menos de dos horas empezaría a oscurecer, y aunque podía avanzar un buen trecho en ese tiempo, la idea de pasar la noche bajo un techo de verdad le resultaba demasiado atractiva como para continuar su camino. El joven se levantó y cargó el petate a sus espaldas, y mientras colgaba también su fusil, empezó a andar hacia la cabaña de madera.

## 2

Un cañón de luz nítida y clara invadió la oscuridad del pequeño refugio cuando el viajero consiguió abrir la puerta tras forzar las bisagras de hierro. El soldado se detuvo contemplando el cargado interior de la chabola. Montones y montones de chatarra se amontonaban arrinconados contra las paredes, dejando un espacio considerablemente reducido en medio del caótico orden. Un espacio suficientemente amplio para pasar la noche, pensó el joven. Finalmente decidió entrar y abandonar el luminoso bosque.

Arrodillado en el suelo, el soldado empezó a deshacer su petate. Su estómago se quejaba y se percató de que habían transcurrido ya algunas horas en que no había probado ni un solo bocado. Después de sacar el saco de dormir del interior, el joven extrajo de su mochila un pequeño paquete conservativo de color plateado y lo depositó encima del suelo. Todavía no había terminado de incorporarse para sacar la comida de la bolsa, cuando se detuvo repentinamente. El joven se quedó inmóvil durante unos instantes. Le parecía haber oído algo. El silencio dentro de la cabaña era absoluto. Sólo se podía oír la melodía de los pájaros más allá de las paredes. Transcurrió un largo minuto de silencio y el joven volvió a oír el mismo ruido. Parecía un leve zumbido mecánico, casi inaudible, como el de un pequeño motor eléctrico.



El viajero giró la cabeza a su derecha, lentamente, tratando de fijar la vista entre el montón de chatarra, mirando a través de la malla de rayos de luz. Fue entonces cuando pudo distinguir un par de manchas rojas, vivas e incandescentes: células fotoeléctricas que funcionaban como dispositivos oculares de un viejo robot.

Se incorporó lentamente sobre sus rodillas y agarró con rapidez el fusil que había dejado apoyado contra la pared. Se acercó a un par de metros del robot, mientras lo encañonaba con el arma, a una distancia suficiente que le permitía distinguir al ser mecánico entre el laberinto de hierros y chatarra dónde se encontraba oculto. Hacía muchos años que no veía ningún ejemplar de la serie QT de una pieza, aunque, tal y como pudo apreciar rápidamente, el viejo robot se encontraba a medio dismantelar. Le faltaban las piernas y los brazos.

El robot movió lentamente la cabeza, con la mirada perdida en el centro de la habitación. Daba la sensación de que sus dispositivos ópticos tampoco funcionaban. Aunque de ser así, se podía suponer que las células estarían apagadas, aunque el joven soldado nunca se había considerado un experto en robótica. De hecho, el mayor contacto que había tenido nunca con los robots se había limitado a los androides de los cuarteles del ejército, antes de partir hacia el frente. No había tenido la suerte de toparse con ningún ser artificial desde entonces. De eso hacía ya más de cuatro años.

Con la punta del cañón, el soldado apartó lo que parecía un fragmento de puerta abollado y oxidado de un deslizador, y volvió a encañonar al robot, mientras lo observaba durante unos instantes. El robot no reaccionó. Continuó con la mirada perdida en el vacío.



“¿Puedes verme?” preguntó el joven con voz firme, mientras movía la mano izquierda por delante de la cabeza del artificial. El robot no parecía reaccionar de ninguna forma. El joven siguió observándole atentamente. Detrás del caparazón de titanio de más de ochenta años que protegía su cuerpo, se podían esconder exactamente más de cien kilogramos de condensadores, circuitos, conectores y células de vacío, incluyendo un cerebro positrónico, en teoría con capacidad para llevar a cabo todas las reacciones psicológicas conocidas de un humano, y llegar mucho más allá.

El joven comenzó a apartar el montón de chatarra que rodeaba al robot encima de la mesa, y observó con curiosidad el caparazón de su exoesqueleto, buscando una pequeña pista de la tarea a la que servía el desgraciado robot. En un rincón de la superficie de titanio encontró un pequeño orificio, una terminal de conexión, muy parecida a una conexión neuronal, pero a años luz de las conexiones actuales.

El soldado se detuvo unos instantes a pensar qué diablos podía hacer un robot con una conexión neuronal, para después convencerse de que lo que estaba pensando era una franca tontería. Tenía que tratarse de un tipo de conexión parecida, pero que desarrollara una función muy diferente en un robot. Después de breves minutos, el joven finalmente se dio por vencido. Definitivamente asumió que no se trataba de ninguna entidad en el mundo de la robótica y volvió hacia su petate, con el rifle bajo el brazo, para después volver a dejarlo contra la pared cuando se sentó encima del saco de dormir. “Qué cosa más extraña” pensó, mientras abría la bolsa donde guarda la comida y empezó a mordisquear un pedazo de pan.

En toda la cena, el robot parecía ignorar completamente al joven, mientras éste se sorprendía de haber encontrado un robot completamente ido: jamás se le había ocurrido pensar si eso podía ser posible.



La noche se apoderó del cielo lentamente, hasta que el sol se escondió definitivamente detrás del horizonte y la vivacidad nocturna invadió el bosque de encinas. Dentro del refugio, el soldado se preparaba para descansar. Su arma se hallaba bien colocada a pocos centímetros de su brazo derecho, lista para ser utilizada en caso de necesidad. El joven no aparentaba tener más de veintisiete o veintiocho años, pero una pesada experiencia se escondía detrás de su mirada. Sabía con certeza que dentro de la cabaña se encontraba protegido del raso, pero no de los bandoleros ni de los asaltantes. Aunque el bosque de encinas parecía tranquilo y solitario, detrás de cualquier árbol se podía esconder un enemigo dispuesto a arrancarle la vida por un puñado de monedas. Corrían tiempos difíciles: siempre sucedía después de una guerra.

A pesar de todo, para el joven viajero, aquella noche se trataba de algo especial. Había tardado más de dos semanas en poder dormir a cubierto. La oscuridad del refugio era casi total, un detalle a agradecer cuando la luz del alba empezara a despuntar por encima de los árboles. Quizá mañana por la mañana haría un poco el vago y tardaría una hora más en reencontrar su camino. Una suave sensación de calor le invadió el cuerpo, mientras sus ojos comenzaban a cerrarse.

"¿Estás seguro de que quieres pasar la noche aquí dentro?" Una oscura voz despertó al joven con una sacudida, mientras agarraba su fusil y apuntaba rápidamente hacia la puerta de la cabaña. Se percató al instante de que se hallaba cerrada. Un segundo después volvió a oír la misma voz. "No creo que sea un lugar suficientemente seguro para ti". El soldado giró su cuerpo sobre el suelo y apuntó con el rifle hacia el otro lado de la chabola. Pudo ver dos puntos rojos que se movían lentamente y oyó un leve murmullo eléctrico, esta vez constante, que provenía del lugar donde se hallaba el



robot. "Eres un estúpido. Estarías más seguro allí fuera, echado detrás de unos matorrales" La voz del robot tenía el inconfundible timbre de un diafragma metálico.

El soldado se incorporó lentamente sin dejar de amenazar al robot con el cañón de su rifle, mientras extraía un cilindro de luz de su petate para encenderlo. El interior de la cabaña se llenó de un fulgor verdoso. "¿De qué me tengo que esconder? ¿De un montón de chatarra que tiene la boca demasiado grande?" Le respondió el joven. "¿Te lo pasas bien asustando a la gente de esta forma? ¿No has tenido tiempo antes para dirigirme la palabra?"

Los ojos rojos del robot se desviaron hacia la ventana, para después volver a mirar al joven soldado mientras su expresión parecía oscurecerse." No estás seguro aquí a dentro conmigo. Soy uno asesino " El joven empuñó el rifle con fuerza durante unos instantes, esperando algún movimiento del robot, mientras presionaba levemente el gatillo del arma, dispuesto para disparar. Durante unos instantes su mirada se clavó en el ser de metal, esperando cualquier movimiento brusco, y fue entonces cuando se convenció de que aquello no iba a ocurrir.

El joven no pudo evitar una ligera sonrisa, seguida por una ruidosa carcajada. El robot miró al joven intrigado, intentando buscar el significado de su reacción. Antes de que pudiera decir nada, el joven soldado le respondió todavía riendo. "¿Y cómo piensas atacarme, escupiéndome tornillos y arandelas?"

El robot no respondió. La expresión de su cara de titanio se oscureció todavía más, lentamente, hasta que las dos células rojas que componían sus ojos, se perdieron en el espacio de la cabaña otra vez, para después



cabecear abatido. El joven lo observó unos instantes, antes de bajar el rifle y se acercó hacia el robot, afectado por su cambio de actitud.

Cuando sintió la mano del soldado encima de su caparazón, el robot volvió a alzar la cabeza lentamente, y le miró fijamente a los ojos. "Soy un asesino. He traicionado mi programación. No quería hacerlo, pero tampoco tenía ningún derecho a hacerlo". Después volvió a bajar la cabeza, mientras el soldado lo observaba completamente en silencio. Los brazos del joven rodearon el cuerpo del robot, y lo levantó con esfuerzo de la mesa, para transportarlo hasta el otro lado de la pequeña cabaña, cerca de la puerta y de su petate. Una vez lo dejó en el suelo, apoyado contra la pared, el joven se sentó encima del saco de dormir y permaneció un buen rato contemplando al robot, esperando alguna reacción.

"Mi nombre se Gunter. Gunter Faber" afirmó el joven, al ver que el artificial seguía en el mismo estado de ausencia. "He sido oficial del ejército de Tierra de La Corona y vuelvo a casa. La guerra ha terminado". El robot levantó la cabeza lentamente y miró al joven. Abrió su boca levemente, cómo intentando decir alguna cosa para después volverla a cerrar, mientras el joven decidió acariciarlo ligeramente con la palma de su mano. "Yo me llamo Víctor." Respondió el robot finalmente. "Todos me llaman así. Soy una unidad auxiliar de soporte médico. Soy un asesino."

Gunter sonrió tratando de calmarlo. "Yo también he matado gente. La guerra es así. Siempre se mata a gente. Tú estás en un lado y los otros en el otro, y a veces tienes que matar antes de que te maten a ti, porque las palabras no siempre sirven." El robot volvió a mirarle, y esta vez observó bien la cara del joven soldado. "Así tú también eres un asesino." le respondió el robot. El joven volvió a sonreír. "No, yo no lo soy. He matado a gente porque me lo ordenaron o porque no me he tenido otra opción para



sobrevivir, pero no soy un asesino." El robot siguió observándolo mientras trataba de encontrar dónde se escondía la diferencia. La respuesta no le había convencido en absoluto.

"Y ahora cuéntame: ¿Por qué un robot-médico se convierte en un asesino"? le preguntó Gunter. Víctor volvió a bajar la cabeza. Después silencio. Mientras esperaba a que el robot se decidiese, el soldado trató de limpiar el polvo del armazón. Pasó la mano por encima del pequeño orificio que le había parecido una conexión neuronal y se le escapó una leve sonrisa al reírse de su propia ignorancia.

Ambos guardaron silencio durante largos minutos, sentados el uno delante del otro. La mirada del robot estaba anclada en el suelo de la cabaña mientras Gunter observaba cada uno de los centímetros de su armazón de titanio, repleto de abolladuras, rasguños, suciedad e impactos de proyectiles de energía. Algo en lo que no se había fijado antes. En pocos minutos, Víctor, todavía en silencio, alzó a la cabeza se dirigió al joven oficial. La voz metálica se volvió temblorosa. "Ahora no lo puedo hacer." Gunter bajó la cabeza y le respondió sonriente, "No pasa nada, te entiendo. Ya me lo contarás cuando quieras, o cuando lo creas conveniente." Víctor volvió a bajar la cabeza. No pronunció palabra. Pero la pared que lo separaba de sus recuerdos se iba derrumbando poco a poco, haciéndole recordar su historia.

3

Los recuerdos se remontaban hasta cuando Víctor llegó a Keres IV, más de veinte años, con una nave de soporte médico descendiendo desde la oscuridad. No hacía ni un par de días que una facción de los territorios del Oeste había lanzado su primer ataque a diferentes sistemas-capital del



reino. Las autoridades planetarias habían pedido refuerzos a otros sistemas, dado que la avalancha de heridos y de víctimas del bombardeo sobrepasaba con creces su capacidad de atención médica. La nave de soporte donde viajaba Víctor estaba destinada a transporte de suministros médicos y a recoger y atender heridos en la capital del planeta. El robot llevaba algunos años formando parte del cuerpo médico de La Corona. De hecho era difícil que, con su condición de robot, pudiera ocupar un cargo más alto del que ya había alcanzado.

A medida que la nave descendía a través de la atmósfera del planeta, Víctor se preguntaba cómo una atmósfera tan oscura y densa podía ser respirable para un ser humano normal. Al descender hasta altitudes inferiores, se percató de que el aire que le había parecido tan turbio, en la superficie era muy distinto: el cielo tenía el color anaranjado y rojizo de las llamas que todavía ardían dos días después del bombardeo. Eran el humo y el polvo que cubrían masivamente la atmósfera por encima de la ciudad-capital lo que le daba aquel color tan oscuro, como de mortuorio. Dada la magnitud de la catástrofe, los escombros seguirían quemando durante semanas.

El paisaje era desolador. Ante los ojos del robot, la ciudad entera formaba un rompecabezas desarticulado, prendido por las llamas y atrapado por un oscuro y tenebroso manto que se alzaba hacia el cielo, como buscando un camino por el que huir de aquel desastre. Keres IV siempre había sido un sistema de comerciantes, y no brillaba precisamente por sus riquezas. De hecho, una gran parte de la superficie del planeta estaba formada por grandes extensiones rocosas que le conferían el característico color anaranjado y grisáceo que se podía contemplar desde el espacio, más allá de las blancas acumulaciones gaseosas de la atmósfera.



Con la considerable pobreza de recursos naturales y la falta de un suelo propicio para el crecimiento de cultivos, Keres IV se desarrolló como sistema de comercio, un nudo neurálgico que unía el sistema-capital, Zallar, con los once sistemas restantes que forman La Corona. Fuera de la ciudad-capital, poca quedaba para bombardear sobre la superficie de Keres IV. Más del cuarenta por ciento de la población del planeta se amontonaba en la gran ciudad, ahora convertida en un amasijo de roca, metal y cuerpos sin vida.

La nave aterrizó en los suburbios exteriores de la capital. Otras naves médicas descendieron del cielo a la vez que la poca gente que se podía mover ayudaba a sus heridos y trataba de acercarse hacia donde el conjunto de naves de soporte médico se disponía a aterrizar. La nave de Víctor abrió las puertas sólo tocar tierra, y tanto él como sus compañeros descendieron al planeta en estrictas formaciones y se dispusieron a montar un gran campamento de atención médica. En menos de media hora ya se encontraban listos para atender a los heridos.

En las naves también viajaban oficiales y soldados de La Corona, que daban soporte a la fuerza médica, y de hecho, eran los que coordinaban la acción humanitaria, ayudando también a descargar los suministros médicos para la población y organizando a los heridos para su atención.

En el transcurso de largas horas, los robots médicos habían atendido a decenas de heridos. Muchos de ellos debían ser evacuados dado su estado demasiado lamentable como para ser atendido con los utensilios que habían bajado al planeta. Víctor comenzó a sentir la ansiedad en los soldados, pero continuó con su tarea tratando de centrar su atención en los pacientes. Hasta que le correspondió atender a un anciano, un hombre de más de sesenta años. Una columna de granito le había caído encima de la pierna y



se la había aplastado. Su nieto le había ayudado como había podido a llegar hasta el campamento médico.

Después de una primera inspección de breves segundos, Víctor vio muy claramente que el hombre tenía que ser evacuado, y aún y así sería realmente difícil conseguir que no perdiera la articulación. El niño no apartaba la vista del robot. Tenía unos ojos grandes, negros como su pelo, llenos de expresividad. Víctor hubiera sonreído de haber sido capaz. "¿Cómo te llamas jovencito?", le preguntó el robot. "Hans", le respondió el niño, mientras se sonrojaba y se agarraba al brazo de su abuelo, sin dejar de mirar al robot. ¿"No habías visto nunca un robot?" Le preguntó Víctor, mientras rellenaba el formulario para ingresar al abuelo y evacuarlo del planeta. Uno de los soldados se acercó al robot médico e interrumpió la conversación repentinamente. Según informó, los bombarderos del Oeste estaban volviendo hacia Zallar y se esperaba un segundo bombardeo inminente. Disponían de muy pocos minutos para abandonar la superficie del planeta.

Los soldados comenzaron a organizar a los heridos más graves que había que evacuar. El nerviosismo general se volvió evidente en pocos instantes. La gente no tardó a verse afectada por la tensión de los soldados. Víctor ordenó el ingreso del anciano, mientras veía cómo eran rechazadas las personas que acompañan a los heridos por falta de espacio a la nave. El robot buscó la mano del niño y lo con suficiente fuerza para no lastimarlo pero también para asegurarse de que no se soltara, mientras contemplaba aquellos ojos que no dejaban de observarle constantemente.

Al acercarse a la nave, la gente ya había caído en una histeria colectiva. Los soldados no permitían el paso a más personas y daban órdenes de cerrar las puertas y elevarse sin haber desmontado los campamentos. Habían



empezado a formar círculos de retención para impedir el acceso de las personas no autorizadas. Dos soldados terminaron de subir al anciano a la nave de la mejor forma que pudieron, haciéndose paso entre la multitud histérica, mientras Víctor decidía coger a Hans entre sus brazos y trataba de seguir a los dos soldados y al anciano. El niño, asustado por los gritos y por las increpaciones, empezó a llorar.

Un soldado que formaba parte del círculo de retención, trató de dar paso al robot cuando lo vio, mientras empujaba con su fusil a la gente que no dejaba de forcejear delante suyo. "No llores criatura. Todo irá bien" murmuró Víctor a la oreja del niño, pero Hans no dejaba de llorar mientras, asustado, llamaba a su abuelo. A pocos metros del robot, el forcejeo de la gente terminó por vencer la barrera de los soldados que no podían hacer nada por detener por más tiempo a tal multitud exaltada. Víctor se vio vencido por el peso de la masa humana y estuvo a punto de caer al suelo. Uno de los oficiales que estaba dentro del muelle de embarque gritaba dando órdenes preso por la ira. Algunos soldados dispararon sus fusiles en el aire, mientras el resto intentaba contener a la multitud en vano.

El mismo oficial extrajo su arma de la funda y disparó contra dos hombres heridos que habían avanzado sin permiso hasta la entrada del muelle de la nave. Los dos cayeron al suelo abatidos por los disparos, mientras la mayoría de la multitud se detenía. El oficial seguía gritando órdenes, amenazando con su arma a los civiles que se hallaban ante él.

Los soldados dejaron atrás la sutilidad, y empezaron a empujar a la gente y a golpearla, mientras echaban a todo el mundo de la rampa de embarque, sin ningún tipo de consideración.



Víctor se abría paso como podía, abrazando el frágil cuerpo de Hans contra su pecho, hasta que una mano delante de su cara consiguió detenerlo. La mano de un oficial. Ante la mirada del robot, el oficial gritaba palabras sin ningún tipo de sentido, con los ojos enrojecidos por la sangre. Agarró el brazo del niño, tratando de arrancarlo de la protección del robot.

4

"Víctor?" La voz de Gunter sonó con fuerza dentro de la pequeña cabaña. El robot alzó la cabeza mientras sus sensores le devolvían a la realidad de la chabola, escrutando la cara del joven soldado. "Lo siento, pero por un momento he temido que ya no volverías a levantar la cabeza" El joven se incorporó a su lado y lo miró fijamente a sus ojos rojos. "Me parece que es hora de reprimir el descanso que has interrumpido antes. Mañana tengo que seguir un camino que todavía es muy largo. Ya hablaremos por la mañana si te ves con bastantes ganas." Víctor seguía sin articular palabra alguna, hablando solamente con ligeros zumbidos eléctricos, observando los movimientos del joven soldado mientras éste se metía dentro de su saco de dormir y apagaba el cilindro de luz. En la oscuridad, Gunter se giró hacia el robot. "¿Sabes qué? Creo que mañana te voy a llevar conmigo. No creo que quedarte en este pequeño rincón olvidado de la mano de los Dioses y rodeado de chatarra sea el mejor lugar para un viejo modelo de la serie QT. Tengo algunos ahorros de mi paga del ejército. Cuando lleguemos a alguna ciudad buscaremos a algún Técnico que te pueda dar un buen repaso y te deje como nuevo. ¿Qué me dices?" Víctor no respondió. Ante el silencio, el joven decidió volver a girarse y envolverse dentro del saco de dormir. "Buenas noches". En breves minutos, Gunter se hallaba descansando en el más profundo de los sueños, aunque los pensamientos de Víctor se encontraban muy lejos de la pequeña cabaña.



Más de veinte años atrás, en los suburbios de Zallar, Víctor alzó la vista reconociendo en el mismo instante la cara del oficial que sólo hacía breves instantes había perdido el control de la situación, abatiendo a disparos a dos civiles heridos. El robot agarró con fuerza el cuerpo del niño llamado Hans, y tratando de apartar al oficial de su camino, los dos terminaron forcejeando durante unos instantes, bajo los llantos de asustada criatura que sólo pedía volver con su abuelo.

El oficial apretó la mandíbula con fuerza y un sudor frío y enfermizo empezó a resbalar por su cara, mientras contemplaba con odio e impotencia los sensores rojos del robot. El sonido seco de un disparo hizo callar los gritos de Hans. Un silencio que duró sólo unos instantes, hasta que Víctor sintió como alguna pieza se quebraba. Un fallo en los sistemas motores. El robot se desequilibró y cayó al suelo sin poder evitarlo, mientras el oficial conseguía, finalmente, hacerse con la criatura.

El proyectil del arma del oficial había atravesado el eje de la extremidad inferior izquierda del robot, partiéndola en dos. La parte inferior de la extremidad se hallaba ahora perdida entre la multitud que había empezado una lucha física indiscriminada contra los soldados que defendían la nave. El caos se había apoderado completamente de la pasarela de embarque. Hans no dejaba de llorar y el oficial apuntó a la cabeza de Víctor con su pistola, con la cara todavía presa de la ira, los dientes apretados y los ojos inyectados en sangre. Los segundos se convirtieron en una eternidad ralentizada. Mientras el robot se encontraba en el suelo, arrastrándose con una extremidad menos, el oficial se disponía a ejecutarlo. En su mirada se reflejaba el mismo odio que había sentenciado a los dos heridos que habían tratado de subir a la nave pocos minutos atrás. El tiempo se detuvo para el



robot que, en milésimas de segundo sopesó sus probabilidades mientras miraba fijamente a los ojos del oficial, para ver también las lágrimas y la desesperación de Hans reflejados en ellos.

El brazo del robot se movió con tal rapidez que al oficial ni tan solo lo vió venir; sólo puedo sentir el tobillo atrapado por una fuerte presa metálica. A Víctor no le resultó difícil hacerle caer al suelo con un fuerte tirón. El niño también cayó sobre la pasarela, liberándose de los brazos del oficial, y con fuerzas para levantarse ileso y correr entre la multitud enloquecida buscando el abrazo de su abuelo. Al pasar corriendo junto al oficial, éste intentó atraparlo desde el suelo, sólo para ver cómo otro brazo se le adelantaba y se veía atrapado por una mano robótica que le inmovilizaba.

Víctor había conseguido arrastrarse hasta el oficial mientras éste buscaba desesperado su arma por el suelo. Los empujones y los golpes y forcejeos llevaron a la multitud a pisotear al robot y al oficial, a tropezar y caer al suelo encima de ambos, mientras los disparos de las armas de los soldados retumbaban como relámpagos en el infierno y decenas de civiles cayeron al suelo abatidos, de la misma forma que también cayeron soldados abatidos cuando algunos de los civiles se apodera de las armas de la milicia.

Los sensores del robot actuaron con velocidad, y el tiempo pareció detenerse alrededor de Víctor durante unos instantes que se prolongaron indefinidamente en su cerebro. El robot buscó al niño entre la multitud, para finalmente verlo correr entre la gente. Tiempo más que suficiente para distraer su atención. Al ver a Hans, Víctor dudó unos instantes y cedió en su presa. El militar se aprovechó rápidamente de la situación, e introdujo como pudo la mano dentro de la apertura del armazón del robot, entre el cuello y el pecho, agarrando decenas de cables y tirando de ellos con fuerza.



Dentro de la cabaña, los sensores de proximidad del robot, envueltos por la oscuridad, se activaron al instante al detectar una presencia humana a pocos metros de la pequeña construcción de madera en la que se encontraban. El resto se conectó a pleno funcionamiento casi al instante. En pocos segundos, el barrido sensorial que Víctor realizó detectó dos presencias más, aparte de la primera, a poco más de una decena de metros de la cabaña, y moviéndose muy lentamente y en círculo en dirección a ésta. Delante del robot, Gunter había agarrado el fusil con las dos manos, mientras, sentado en el suelo y con la espalda contra la pared, estiraba la cabeza ligeramente para mirar por la ventana.

"¿Gunter? Pensaba que dormías." El joven le miró por el rabillo del ojo, sin mover la cabeza, para después seguir atisbando por la ventana. "Si no tuviera el sueño tan ligero como lo tengo probablemente ya no estaría vivo", le respondió el soldado. "Ayúdame a un poco; con estos cristales tan sucios no veo nada allí fuera. Está oscuro como la garganta de un lobo."

"Hay tres individuos. Ahora se han detenido a unos diez metros. Posiciones a la una, a las cuatro y a las siete." Le respondió el robot. La cara de Gunter expresó preocupación, mientras se apartaba de la ventana y seguía apoyando su espalda contra la pared mientras contemplaba los dos ojos rojos que tenía delante suyo." No hace falta que me digas que van armados, me lo imagino." Gunter sonrió con evidente tensión. El aire de la cabaña quedó atrapado en las redes de un silencio total y absoluto sólo roto brevemente el zumbido eléctrico de los giroscopios y los motores de un Víctor también inquieto.



Gunter no se movió, mientras su mente corría desesperadamente por laberintos de estratégicos pensamientos buscando una solución para salir con vida de la cabaña. El soldado terminó por romper el silencio. "Todavía no se han movido"?. Víctor movió la cabeza negativamente. La mirada del joven se oscureció perdida en el negro suelo de madera de encina. "Si me quedo aquí estoy atrapado. Son demasiados y yo estoy solo aquí dentro." Después miró al robot. "Víctor, tus sensores pueden serme de franca utilidad".

7

Hace más de veinte años, un oficial de La Corona estiraba con fuerza de un puñado de cables que ascendían hacia el cerebro positrónico del robot llamado Víctor. Algunos de ellos terminaron por ceder, arrancados de sus conexiones, y el robot sintió cómo diferentes sistemas en el interior de los senderos digitales de su cerebro positrónico empezaban a fallar, a la vez que pequeñas chispas cargadas de electricidad salpicaban la cara del oficial militar. Un trueno ensordecedor seguido por un fuerte temblor y después una leve sacudida causaron estragos entre la multitud que les rodeaba.

La nave de salvamento había encendido sus motores repulsares atmosféricos y se disponía a despegar para abandonar la atmósfera de Keres IV. En sus proximidades más inmediatas, cuatro naves más empezaron su huida hacia la negra capa mortuoria de humo y cenizas que cubría la atmósfera por encima de los suburbios de la ciudad.

El oficial sonrió apretando los dientes, mientras volvía a introducir la mano en el interior del almacén de Víctor. La mayoría de los soldados se replegaban hacia el interior de la nave y cerraban las puertas a la gente que había quedado fuera. La nave comenzó a elevarse mientras la mayoría de



civiles se caía de la pasarela sorprendida por el tirón del despegue, y otros decidían saltar voluntariamente, conscientes de que ya no podían hacer nada más para huir del planeta. El robot y el oficial se deslizaron por el suelo, mientras la pasarela empezaba a replegarse. Su caída se detuvo cuando Víctor consiguió clavar su mano robótica en el suelo de la pasarela, atravesando el hierro oxidado.

8

El silencio oscuro y frío de una negra noche sin estrellas que cubría la inmensidad de un gran bosque de encinas, se vio interrumpido por el pequeño y casi inaudible crujido de una puerta de madera que se abría muy lentamente. Gotas de frío sudor se deslizaban por la cara de un joven oficial de La Corona medio agachado, con su fusil cargado en las manos, y con un robot medio desmembrado atado a su espalda. Fuera de la cabaña el silencio era aterrador. Parecía como si todos los animales del bosque se hubieran acordado permanecer en silencio, expectantes. No circulaba ni una brizna de aire, y el ambiente era gélido, como de un frío antiguo y milenar. La muerte estaba en el aire.

Gunter sólo podía distinguir las placas de nieve medio deshelada entre la abundante vegetación oscura del bosque, mientras el frío le calaba hasta los huesos. Víctor tenía sus dos ojos rojos bien abiertos y todos sus estaban configurados a pleno funcionamiento. Gunter extrajo un pequeño visor de un compartimiento de su cinturón y se lo llevó a los ojos. Durante unos instantes fue cambiando de frecuencia y mirando a ambos lados del bosque que tenía delante suyo, para después guardar el pequeño utensilio otra vez, manteniendo completo silencio. Lentamente, el joven oficial se desplazó con la espalda apoyada contra la pared de madera, hasta llegar a la esquina más próxima de la cabaña, frente a una zona en la que el bosque se hacía



más denso. Cuando llegó al final de la pared de tronco de encina, se detuvo con el brazo derecho contra la pared, y giró la cabeza, mirando de reojo al robot atado a su espalda. "Se han añadido dos más y ninguno de los otros se ha movido" murmuró Víctor con el volumen tan bajo como le era posible. Gunter apretó la mandíbula con fuerza y volvió a mirar hacia el bosque. Su mirada se perdió en la oscuridad, mientras su mente buscaba desesperadamente entre miles de alternativas. Pero no era capaz de encontrar ninguna solución.

Las piernas del soldado se tensaron y su cuerpo se irguió, haciendo un gran esfuerzo para alejarse de la pared de madera con la enorme carga que representaba Víctor colgando de su espalda. El soldado corrió a toda velocidad en una sola dirección, cegado por el negro manto que aquella noche había decidido llenar todo el bosque. El cuerpo del robot golpeaba contra su espalda con las sacudidas de la extenuante carrera, hasta que, introduciéndose entre los matorrales que le desgarraron la ropa, Gunter se lanzó al suelo, en el mismo momento en que un destello iluminaba el bosque con una luz naranja, de pureza energética, mientras un proyectil de energía chocaba contra la cepa de un árbol, estallando en decenas de partículas luminosas que cayeron a escasos metros del robot y del soldado. Consciente del origen del disparo, Gunter se alzó rápidamente de entre los matorrales, apretando con fuerza el gatillo de su fusil. El bosque se iluminó otra vez y una descarga de energía impactó directamente encima de la armadura del pecho de uno de los bandoleros, lanzándolo de espaldas un par de metros en el aire, hasta que chocó sonoramente contra el suelo inconsciente o quizá muerto.

Gunter se volvió a agachar, mientras la voz metálica del robot le advertía de que los bandoleros se estaban moviendo. El joven soldado se levantó del suelo y empezó a correr, cambiando su posición. Siguiendo su huida, dos



nuevas cargas de energía iluminaron el bosque y terminaron chocando contra los troncos de los árboles sin acertar su blanco. "A las cinco" la Voz de Víctor sonó grave mientras Gunter saltó en el aire girando hacia su derecha, disparando con su fusil en la dirección que le había indicado el robot. El proyectil no acertó a su perseguidor, pero consiguió que éste se lanzara al suelo, de la misma forma que Gunter realizaba un paso en falso tropezando con una raíz perdida, surgida del suelo en medio de un denso grupo de matorrales. El joven soldado soltó un ligero gemido cuando sintió su espalda ligeramente aplastada por el peso de Víctor al caer al suelo. Los cuatro bandoleros se detuvieron a escasos metros de Gunter y del robot, medio agachados y cubiertos por la vegetación, mientras Víctor se esforzaba para comunicar con precisión sus nuevas posiciones. La cara del soldado se ensombreció y apretó la mandíbula mientras sentía todo el cuerpo empapado por el sudor, y se dio cuenta de que ahora ya ni tan solo podía sentir el frío.

9

Veinte años atrás, una nave de salvamento de La Corona despegó a toda velocidad hacia el cielo de Keres IV más allá de los suburbios de la capital Zallar, mientras su pasarela de embarque se recogía lentamente. Con la mano clavada en el hierro oxidado, Víctor giró la cabeza y sus ojos rojos miraron fijamente a los del oficial, que intentaba con esmero, apresado por la locura, arrancar más cables del interior del caparazón del robot. La mano de Víctor dejó de agarrar el uniforme de La Corona y se movió directamente hacia la garganta del oficial. El mecánico índice de la mano derecha apretó punzando la carne del oficial, que dejó de reír al sentir el frío titanio adentrándose con un golpe seco dentro de su carne, atravesando piel y músculo. Atravesando nervios y arterias. Su mirada dejó de expresar ira y rabia, para perderse en los dos pozos rojos sin fin que tenía delante suyo. El robot extrajo su dedo de las entrañas del oficial, y la arteria escupió a



presión un chorro de densa sangre, mientras la vida se escapa del cuerpo del militar, salpicada sobre una pasarela sucia y oxidada. El cuerpo sin vida del oficial rodó por el suelo para después perderse entre el humo y las cenizas del vacío de la atmósfera de Keres IV. Al cabo de pocos instantes, una fuerte luz pura y cegadora atravesó las oscuras nubes que ascendían por el aire, seguida por un ensordecedor estruendo que hizo temblar la integridad de la estructura de la nave.

10

Escondido entre los matorrales, los latidos del corazón de Gunter se aceleraban con rapidez y una densa gota de sudor descendía desde un mechón de su rubio cabello, cruzando su limpia y pálida frente. El soldado controlaba su respiración, mientras sentía el contacto frío del robot encima de su espalda, una carga que cada vez se le hacía más difícil de soportar.

Sujetaba el fusil con fuerza, agachado en la oscuridad, con las piernas flexionadas y la rodilla derecha encima de una pequeña placa de nieve. A su alrededor, escondidos en la espesura del bosque, había cuatro bandoleros preparados para saltarle encima y tratar de robarle alguna cosa más que su vida.

La cabeza de Víctor se movió con suaves zumbidos eléctricos, mientras esperaba el más ligero movimiento de los asaltadores, antes que uno decidiera a alzarse y correr hacia ellos. Pero en el momento en que uno de los bandoleros decidió tensar sus piernas, el tiempo pareció detenerse una vez más en la mente computerizada del robot. El asaltador parecía moverse en una cámara lenta que casi no dejaba lugar para el más pequeño movimiento al azar, mientras el cerebro positrónico de la unidad QT registraba millones de cálculos de movimiento y de trayectoria en décimas



de segundo. La voz de Víctor murmuró "A las cuatro" y en ese mismo momento, Gunter se alzó y su torso apareció por encima de los matorrales, con el tiempo justo para apuntar y disparar una carga de energía que acertó de lleno a un sorprendido asaltador, sin que le diera ni tan siquiera tiempo de agarrar su fusil con ambas manos.

Antes de que su cuerpo chocara con en el suelo, dos bandoleros más abandonaron sendos escondites. Su movimiento fue detectado y procesado al instante por los sensores del robot, que volvieron a generar multitud de cálculos, para proporcionar dos nuevas posiciones a Gunter: "A las diez y las siete". El bosque se inundó con nuevos destellos de luz anaranjada pura. Gunter se movió con una rapidez desesperada, disparando repetidamente su fusil, pero con una maniobra que lo dejó completamente al descubierto delante del último asaltador, que ahora mismo aparecía desde detrás de un árbol.

Víctor se dio cuenta del fatalismo del ataque mucho antes de que el bandolero contara con tiempo suficiente para apuntar a Gunter con su arma, de la misma forma que el robot era perfectamente consciente de que, después del último movimiento realizado por el joven, le sería imposible girarse a tiempo para encarar aquel nuevo ataque.

El último asaltante se acercó por las ocho en punto. Para contrarrestar su ataque, los cálculos del cerebro positrónico de Víctor proporcionaron tan sólo una única respuesta. Una única y definitiva opción para salvarlos a ambos.

"A las dos".



El joven soldado giró su cuerpo tan rápido como le fue posible y apuntó con una casi imposible precisión hacia la coordenada que le había facilitado el robot. Disparó por instinto, sin tiempo para pensar, para después darse cuenta de que no había ningún blanco al que atacar, momentos antes de que el impacto de una fuerte descarga directa contra el robot que colgaba de su espalda, los lanzara a ambos por los aires. Al caer al suelo, Gunter trató de amortiguar el impacto de la caída con su fusil, mientras sentía algún músculo de su espalda ceder bajo el peso del robot. Rodó como pudo por encima del suelo y alzó su arma en dirección al origen de la última descarga de energía.

Las rápidas pisadas del bandolero se acercaron para terminar su trabajo. Fue entonces cuando Gunter se percató de dónde le había acertado el impacto. El suelo estaba cubierto de placas de titanio incandescentes rodeadas de chispas y de cables chamuscados humeando. Víctor no respondió. El soldado apretó los dientes con fuerza, haciendo un último y titánico esfuerzo para soportar el dolor de su espalda mientras sentía todos los músculos de su cuerpo tensarse, los ojos se humedecieron y la rabia inundó su sangre.

Disparó tantas cargas de energía y con tanta velocidad como la carencia de fuego de su fusil se lo permitió, completamente a ciegas, para terminar soltando la rabia y el dolor canalizados en un único y liberador grito. El último bandolero murió destrozado bajo la lluvia de impactos que le acertó directamente, lanzándolo por los aires hasta chocar contra el tronco de una milenaria encina. Terminó cayendo al suelo inerte y despojado de vida. Después todo fue silencio.



11

Quizá en otro tiempo, quizá en otro lugar, una nave de salvamento de La Corona huía ilesa y a toda velocidad del segundo bombardeo al que se había sometido a Zallar, la capital de Keres IV. Los ojos rojos de un oficial-médico robot de La Corona se perdieron en el infinito, contemplando el cielo que hacía solo breves instantes se había visto invadido por una purificadora luz cegadora pareció cubrir un universo entero. La oscura atmósfera que se alzaba sobre Zallar había quedado atrás, y en la lejanía todavía se podía oír el estruendo de los nuevos bombardeos que volvían a castigar la capital. El cielo ahora había tomado una tonalidad amarilla, con ciertos matices grisáceos y anaranjados. Pero en aquel mismo instante, la mente de aquella unidad QT estaba muy lejos de todo lo que sus sensores podían detectar. Su mano había quedado atrapada en el suelo de la pasarela. Por mucho que se esforzara, no podía hacer nada para liberarse. Sólo le quedaba dejarse llevar por el incierto destino del vuelo de la nave y esperar.

12

Una mañana más, los rayos del sol llegaron puntuales con el frío amanecer, para devolver la vida al gran bosque de encinas. Sobre el suelo del bosque, un montón de pedazos de chatarra se esparcían por encima de las hojas caídas, la hierba y la nieve. Aquello era todo lo que quedaba de Víctor. Ya no podía oírse ningún zumbido eléctrico indeciso. Los ojos del robot habían perdido su brillo rojizo. Dentro de la pequeña esfera cristalina, ahora de color negro, sólo quedaba un reflejo: el de un joven soldado, que tomó la cabeza de su amigo entre las manos. Con mucho cuidado, el oficial Gunter Faber la dejó reposar dentro de un pequeño agujero cavado en el suelo.

26



Gunter sonrió con los ojos húmedos, a la vez que un pequeño murmullo de agradecimiento se escapaba de sus labios.

Pocos minutos después recogió su fusil, el cual había dejado apoyado contra el tronco de un árbol, y lo colgó de su entumecida espalda, que se resintió durante un leve instante. El camino que le quedaba por recorrer era muy largo, y todavía tenía por delante muchas jornadas de viaje. Gunter comenzó a andar, alejándose de la pequeña tumba, muy consciente de que de ahora adelante todo sería, cuanto menos, distinto.

**Autor: Jordi Armengol Carner, L'Ametlla del Vallès, Barcelona, España.**  
**Relato inédito. Hyperespacio Andrómeda [www.libroandromeda.com](http://www.libroandromeda.com)**

-----  
El autor ha cedido a Libro Andrómeda el derecho de publicación esta obra en nuestra web, con la siguiente condición, de acuerdo con las opciones de protección de los derechos de propiedad intelectual existentes para la difusión en internet:

-----  
**Reconocimiento - Sin obra derivada - No comercial:** El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial. No se pueden realizar obras derivadas.

-----  
**Otras obras del autor publicadas por Libro Andrómeda:**

**Arlequín.** Relato completo.  
(<http://www.libroandromeda.com/PDF/Arlequ%EDn.pdf>)

**Bighorn.** Relato completo.  
(<http://www.libroandromeda.com/PDF/Bighorn.pdf>)

**Blackout.** Relato completo. Finalista III Premio Manuel de Pedrolo 1999.  
(<http://www.libroandromeda.com/PDF/Blackout.pdf>)

**Galería de Almas.** Relato completo.  
([http://www.libroandromeda.com/PDF/Galer%EDa\\_de\\_Almas.pdf](http://www.libroandromeda.com/PDF/Galer%EDa_de_Almas.pdf))

**Hielo.** Relato completo. Publicado en "Especial Philip K. Dick" Libro Andrómeda Vol. X  
(<http://www.libroandromeda.com/PDF/Hielo.pdf>)